

critores y críticos distinguidos, y hasta mi amigo M. de Lamartine (1), quiero justificar el epíteto. Terminaré por una observación de detalle á lo que tengo que decir de Shakespeare.

Orestes, el fatal antecesor de Hamlet, no es el único lazo que une á Esquilo con Shakespeare; hay también relación menos perceptible entre *Prometeo* y *Hamlet*. Estudiando al primero salta á la vista la misteriosa intimidad de ambos poetas, pero de un modo tan extraño y en un punto que hasta hoy no han notado los observadores ni los críticos. Prometeo es el abuelo de Mab.

Probémoslo.

Prometeo, como todos los personajes legendarios, como Salomón, César, Mahoma, Carlo-Magno, el Cid, Juana de Arco ó Napoleón, tiene doble prolongación, una en la historia y otra en la leyenda. La prolongación de Prometeo en la leyenda es la siguiente:

Prometeo, que es creador de los hombres, es también creador de los espíritus. Es padre de una dinastía de dioses, cuya filiación nos han conservado las antiguas tradiciones. Vamos á insertar esta filiación. Elfo, es decir, el Rápido, hijo de Prometeo y Elfino, rey de la India, y Elfinan, fundador de Cleopolis, la ciudad de las hadas; y Elfilino, el constructor de la muralla de oro; y Elfinell, el vencedor de la batalla contra los demonios; y Elfautó, que hizo de cristal toda Pantea; y Elfar, que dió muerte á Bicéfalo y á Tricéfalo; y Elfinor el Mago, una especie de Salomón que levantó en el mar un puente de cobre, que sonaba como los truenos, *non imitabile felmen aere et cornipedum pulsus simularet equorum*; y setecientos príncipes y Elficleos el Sábio, Elferon el Hermoso y Oberon, y por último Mab. ¡Admirable fábula, que con sentido profundo liga lo sideral á lo microscópico y lo infinitamente grande á lo infinitamente pequeño!

De este modo el infusorio de Shakespeare se une al gigante de Esquilo.

La hada paseada sobre los hombres dormidos en su carroza, que tiene por techo una ala de saltamonte, y de la que tiran ocho moscones enganchados con rayos de luna; la hada átomo tiene por antecesor al prodigioso Titán, ladrón de astros, amarrado al Cáucaso; con una mano en las puertas del Caspio y con la otra en las del Ararat; con un pié en

(1) «La biografía del obispo Myriel, que en algunos puntos es algo pueril y hasta algo simple...» Lamartine, Curso de literatura. Conferencia LXXXIV.

la fuente del Faso y el otro en el Validus-Murus, cerrando el paso entre la montaña y el mar; coloso al que la luz del sol, según se levanta ó se pone, hace proyectar el inmenso perfil de su sombra, ya en Europa hasta Corinto, ya en Asia hasta Bangalore.

Además, Mab, que también se llama *Tanaquil*, tiene toda la vaporosa inconsistencia del sueño. Aunque se llama *Tanaquil*, es la mujer de Tarquiro el Antiguo, que hila para el adolescente Gervio Tulio la primera túnica que lleva sobre sus hombros un romano al abandonar la pretesta. Oberon, ó sea Numa, es su tío. En *Huon de Burdeos* se llama Glorianda y tiene por amante á Julio César, de quien es hijo Oberon; en Spenser se llama Gloriana, siendo Oberon su padre, y en Shakespeare se llama Titania y Oberon es su marido. Titania! Este nombre une á Mab con el Titán y á Shakespeare con Esquilo.

IV.

Un hombre importante de nuestros tiempos, célebre historiador, orador elocuente, que ha sido uno de los traductores de Shakespeare, se equivoca, á nuestro juicio, cuando se apesadumbra por el escaso influjo que dicho génio ha ejercido en el teatro del siglo diez y nueve. No participamos de su pesadumbre. Ningún influjo, ni aun el de Shakespeare, podría alterar la originalidad del movimiento literario de nuestra época. «El sistema de Shakespeare, dice el autor aludido, puede suministrar, á nuestro entender, el plan según el cual debe trabajar el génio en lo sucesivo.» No somos de esta opinión, porque Shakespeare es un génio, pero no es un sistema. Nos hemos extendido acerca de este punto, y nos extenderemos más, pero diremos ahora que lo que ha hecho Shakespeare queda hecho de una vez para todas. Es imposible retroceder hasta él; que se le admire ó que se le critique, no se puede rehacer su obra.

Un crítico distinguido, M. Chandesaigues, añade: «Se ha restaurado á Shakespeare, pero sin seguirle. La escuela romántica no le ha imitado, y esta es su falta.» Nosotros creemos, por el contrario, que este es su mérito, y contra los que le acusan, le aplaudimos. El teatro contemporáneo, sea lo que sea, es sustantivo. El teatro contemporáneo tiene por divisa: *Sum, non sequor*. No pertenece á ningún sistema. Tiene su propia ley

y la cumple y vive de su propia existencia.

El drama de Shakespeare retrata al hombre en un momento determinado. El hombre pasa, pero el drama queda, porque tiene por fondo eterno la vida, el corazón, el mundo, y por superficie el siglo diez y seis. Ni se puede continuar ni rehacer. A otro siglo corresponde otro arte.

El teatro contemporáneo no ha seguido á Shakespeare, como no ha seguido á Esquilo. Dejando aparte las razones que para esto tiene, y que más adelante indicaremos, nos ocurre hacer esta pregunta: ¿A qué poeta de los dos escogería el que quisiera imitar ó copiar? Esquilo y Shakespeare parece que hayan sido creados para probar que los contrarios pueden ser admirables. El punto de partida del uno es absolutamente opuesto al punto de partida del otro. Esquilo es la concentración, Shakespeare es la dispersión, y es preciso aplaudir al uno porque está condensado y al otro porque está disperso. A Esquilo corresponde la unidad y á Shakespeare la ubicuidad. Como semejantes inteligencias siempre están completas, se siente mover toda la libertad de la pasión en el drama de Esquilo y converger en el drama disperso de Shakespeare todos los rayos de la vida. Aquel parte de la unidad y llega á lo múltiple, y éste parte de lo múltiple y llega á la unidad. Esto resalta con evidencia confrontando á *Hamlet* con *Orestes*, doble página extraordinaria, anverso y reverso de la misma idea, que parece escrita expresamente para probar hasta qué punto dos génius diferentes, haciendo la misma cosa, hacen dos cosas distintas.

Fácil es ver que el teatro contemporáneo, bien ó mal, se ha trazado su camino propio entre la unidad griega y la ubicuidad shakespeareana.

V.

Descartando por un instante la cuestión del arte contemporáneo, para ocuparnos de ella más tarde, vamos á colocarnos bajo un punto de vista general.

La imitación siempre es estéril y funesta. Refiriéndose ésta á Shakespeare, que es en grado superior génio humano y universal, diremos que es imposible, porque, como todos los verdaderos génius, posee el espíritu idiosincrático y personal. Este poeta parte de sí propio para llegar hasta nosotros; por eso es imitable.

Examinad, profundizad á Shakespeare y vereis cómo se obstina siempre en ser el mismo. No esperéis que os haga ninguna concesión de su yo. No por ser egoísta, sino por ser hombre de voluntad. Comunica al arte sus órdenes, pero dentro de su propia obra; porque ni el arte de Esquilo, ni el de Maquiavelo, ni el de Calderón, ni el de Beaumarchais, ni ninguna de las formas del arte, que viven cada una de la vida especial de un génio, obedecería las órdenes de Shakespeare. El arte, bajo este punto de vista, representa inmensa igualdad y profunda libertad, que la región de los iguales es también la región de los libres.

Una de las grandezas de Shakespeare consiste en la imposibilidad de servir de modelo. Si quereis convenceros de su idiosincrasia, abrid y leed cualquiera de sus obras; vereis como todas ellas tienen carácter propio.

¿Habeis visto nada más personal que *Troilo y Cresida*? Es una Troya cómica. Ved *Mucho ruido para nada*; una tragedia que termina en una carcajada. Ved *El Cuento de invierno*; un drama pastoril. Shakespeare en su obra está en su casa. Quereis ver un despotismo? Pues ved su fantasía; qué voluntad para los sueños! qué decisión para el vértigo! ¡qué absolutismo en lo indeciso y en lo vago! Llena de tal suerte el sueño algunas de sus obras, que el hombre se deforma en ellas, hasta el punto que más que hombre parece nube. El Angelo de *Medida por medida* es un tirano de niebla. Se desvanece y se disuelve. El Leontes de *El Cuento de invierno* es un Otelo que se disipa. *El Cimbélino* se cree que Jachimo se vá á convertir en Yago, pero se disuelve. En todas partes el sueño. Mirad cómo pasan Mansilio, Póstumo, Hermione y Perdita. En *La Tempestad*, el duque de Milán tiene «un bravo hijo», que es como un sueño en el sueño. Solo Fernando habla de él y parece que es el único que le ha visto. Un bruto llega á ser razonable; testigo el polizonte Lecoude de *Medida por medida*. Un idiota se muestra de repente con talento; testigo Cloten de *Cimbélino*. Un rey de Sicilia tiene celos de un rey de Bohemia. La Bohemia tiene playas, en las cuales recogen niños los pastores. Teseo, duque, contrae matrimonio con Hipólita, amazona. Mézclase en todo esto Oberon. Aquí quiere Shakespeare soñar; en otras partes piensa. Diremos más: hasta cuando sueña piensa, de otra manera, pero con profundidad igual.

Dejad tranquila la originalidad de los géneos, que tienen algo salvaje esos misteriosos civilizadores. Hay algo desconocido hasta en sus comedias, en sus bufonías, en sus carcajadas y en sus risas; se siente en ellas el horror sagrado del arte y el terror omnipotente que causa lo imaginario cuando se confunde con lo real. Cada cual permanece solo en su caverna. Se comprenden desde lejos, pero no se copian. Los leones no se imitan.

Ni Diderot refunde á Bayle, ni Beaumarchais calca á Plauto, ni necesita á Dave para crear á Figaro. Ni Piranesio se inspira en Dédalo, ni Isaías recomienda la obra de Moisés.

Un día, en Santa Elena, decía monsieur de Lacases á Napoleon:—"Señor, puesto que habeis sido dueño de la Prusia, yo, en vuestro lugar, cuando fuisteis á visitar el sepulcro de Potsdam, en donde está depositada la espada del gran Federico, la hubiera cogido y me la hubiera ceñido."—*Vaya una simpleza!* contestó Napoleon; *yo tenía la mía.*

La obra de Shakespeare es absoluta, soberana, eminentemente solitaria, sublime cuando irradia luz, absurda cuando la refleja, pero incopiable. Es insensato imitar á Shakespeare, como sería estúpido imitar á Racine.

VI.

Fijemos de paso el calificativo que está muy en moda en todas partes; el *profanum vulgus* que inventó un poeta y que acentuaron los pedantes. ¿Quién es el *vulgo profano*? La escuela dice: El pueblo; y nosotros decimos: La escuela.

Digamos ante todo qué es lo que entendemos por escuela. La escuela es la resultante de los pedantismos y la excrecencia literaria del presupuesto; la escuela es el mandarato intelectual que domina en los diversos centros de enseñanza oficiales y autorizados; la escuela es la ortodoxia clásica y escolástica amurallada, la antigüedad homérica y virgiliana explotada por literatos funcionarios mediante un privilegio; la escuela es un auxiliar de los elementos que conservan el orden público, es la ciencia de los pedagogos, es la historia de los historiadores, es la poesía de los laureados, es la filosofía de los sofistas, la crítica de los *magisters*, la religión de los mogigatos, la metafísica de los disciplinados, la vejez de los jóvenes cas-

trados, la diatriba de los turiferarios y la certeza de los cortos de vista y de las almas bajas. La escuela odia á Shakespeare. Le sorprende en flagrante delito del trato popular y paséase por las encrucijadas, hablando como habla todo el mundo, gastando las expresiones que usa cualquier advenedizo, recibido con cariño por el pueblo que le es simpático, aplaudido por manos que ennegrece el alquitran y aclamado por la ronca gritería que producen los hijos del trabajo.

El drama de Shakespeare es la expresión del pueblo; la escuela se indigna y exclama: *Odi profanus vulgus*. Encuentra que es demagógica su poesía libre y que el autor del *Hamlet* "se sacrifica á la canalla." Pues bien; si por algo Shakespeare es grande, es por esto.

Los poderosos del mundo, rodeados de los hombres de dinero, ocupan el primer plano de la vida y pasan la existencia en plena luz. El poeta no los vé, y si los vé, los desprecia. Levanta la vista y contempla á Dios; despues la baja y contempla al pueblo. Y allá, en el fondo de la oscuridad, poco visible, entrevé á la multitud, al dolor inmenso y lúgubre amontonado, al venerable pueblo que componen los andrajosos y los ignorantes. Un caos de almas. Esta muchedumbre agobiada permanece muda; ni sabe, ni puede, ni piensa, pero sufre. Tiene hambre, frío y desnudez. De los harapos retorcidos, de las hijas del pueblo, caen perlas para las Fontanges y las Chateauroux. El hambre cubre de oro los palacios de Versalles. En aquella masa humana de vivos y de moribundos, las larvas agonizan, á la madre le falta leche, al padre trabajo, á los cerebros luz; y si entre tanta miseria se vé por casualidad un libro, es como un cántaro que se ofrece para apagar la sed de las inteligencias, líquido insípido ó corrompido. Pobres familias!

Estos infelices agonizan sin tener siquiera fuerzas para amar, y mientras se resignan, sin saberlo quizás, surge de todas sus inconsciencias, en las que reside el derecho, una voz imperceptible y misteriosa, que articula sílaba por sílaba en la oscuridad estas palabras extraordinarias: "Porvenir, Humanidad, Libertad, Igualdad, Progreso." El poeta escucha y oye; mira y vé; comprende más cada vez y llora, y de repente, creciendo con grandeza verdaderamente extraña, saca de todas esas tinieblas su propia transfiguración y se levanta, tierno y terrible, por encima de todos los miserables, de los de

arriba y de los de abajo, despidiendo rayos de luz de sus ojos.

Pide cuentas á voz en grito y exclama: "De todas estas desventuras la ilustración es el único remedio." *Erudimine*. Entonces se asemeja á un gran recipiente lleno de humanidad, que agita una mano celeste y que derrama sobre la tierra grandes gotas de fuego para los opresores y de rocío para los oprimidos. ¿Esto os parece mal? Pues á nosotros nos parece bien. Es justo que haya alguno que hable cuando todos sufren. Necesitan enseñanza los ignorantes que padecen y los ignorantes que gozan. La ley de fraternidad proviene de la ley del trabajo. Pasaron los tiempos de la guerra y llegan los tiempos del amor. El poeta cumple su misión promulgando estas verdades, y para cumplirla es preciso que sea pueblo y populacho; es decir, que traiga un elemento de progreso y que no retroceda ante ningun obstáculo. La distancia actual que media entre lo ideal y lo real no puede medirse de otro modo. Este es el primer deber de los poetas. Es útil y necesario que el aliento del pueblo llegue hasta las almas omnipotentes, porque éstas tienen bastante que decirles. Es conveniente que Eurípides les haga conocer las verdaderas de Atenas y Shakespeare los marineros de Lóndres.

Sacrificate á la canalla ¡oh génio!, á esa infeliz desheredada, vagabunda, hambrienta y desesperada. La canalla es el género humano en la miseria; es el pueblo víctima de las tinieblas. Sacrificate por ella y nada te importe que te rechacen y que te destierren, como desterraron á Voltaire á Ferney, á D'Aubigné á Ginebra, al Dante á Verona, á Juvenal á Siena, á Tácito á Methyme, á Esquilo á Gela, á Juan á Patmos, á Elías á Oreb, á Tucídides á Tracia y á Isaías á Asiongaber. Sacrifica por ella tu oro y tu sangre, que vale más que tu oro, y tu pensamiento, que vale más que tu sangre, y tu amor, que vale más que tu pensamiento. Sacrificaselo todo menos la justicia. Corrígela, adviértela, instrúyela, guíala y edúcala. Hazla asistir á la escuela de la honradez. Haz que aprenda á deletrear la verdad, enseñándola el alfabeto que se llama la razón. Ya que los pobres personifican las privaciones, sé para ellos la abnegación. En señales; te necesitan, están sedientos de tí. Derrama sobre ellos la ilustración, porque es muy agradable y muy justo que en la tierra sombría y durante la vida oscura, la fuerza tenga por señor al

derecho, el progreso tenga por jefe al valor, la inteligencia tenga al honor por soberano, la conciencia tenga por déspota al deber, la civilización tenga por reina á la libertad, y la ilustración tenga por esclava á la ignorancia.

LIBRO QUINTO

Los ingenios y las masas.

I.

En el espacio de ochenta años se han realizado acontecimientos memorables. El suelo está cubierto de ruinas.

Pero lo que se ha realizado es poco comparándolo con lo que queda por realizar.

Destruir es el trabajo y edificar es la obra. El progreso derriba con la mano izquierda y construye con la derecha. La mano izquierda del progreso se llama Fuerza; la mano derecha se llama Espíritu.

En la actualidad hay ya mucho destruido; gracias á nuestros padres, ha caído en escombros la antigua civilización. Ahora debemos todos reunirnos porque nos llama el trabajo, porque se trata de construir.

Se nos presentan tres cuestiones. ¿Qué vamos á construir, dónde y cómo?

Pues vamos á construir al pueblo en el progreso y por medio de la ilustración.

II.

Construir al pueblo es la primera urgencia.

El alma humana (y esto es importante consignarlo en los momentos actuales) necesita más lo ideal que lo real.

Por lo real vive y por lo ideal existe. Para definir bien esta diferencia, diremos que los animales viven y el hombre existe.

Existir es comprender; es sonreír en el presente y mirar el porvenir por encima de la muralla; es tener en nosotros mismos una balanza y pesar en ella el bien y el mal; es tener el sentimiento de la justicia, de la verdad, de la razón, de la probidad, del buen sentido, del derecho y del deber incrustados en el corazón; es saber lo que valemos, lo que podemos y lo que debemos. Existencia es sinónimo de conciencia.

La literatura segrega la civilización y la poesía segrega el ideal. Hé aquí por qué la literatura es una necesidad de las sociedades y por qué la poesía es una aspiración del alma.

Por eso los poetas son los primeros educadores del pueblo; por eso hace falta en Francia traducir á Shakespeare y en Inglaterra á Molière, y comentarlos, y para eso hace falta tener dominio público, literario é inmenso. Por esa misma razón deben traducirse, comentarse, publicarse y venderse económicamente los libros notables que han escrito los poetas, los filósofos, los pensadores y todos los productores de las grandezas del alma.

El temible y consolador Ezequiel, el revelador trágico del progreso, tiene frases singulares que encierran sentido profundo.—“La voz me dice: “Llena la palma de tu mano con áscuas encendidas y siémbrales en la ciudad.” Y en otra parte: “Como el espíritu entró en ellos, iban á donde iba el espíritu.” Y en otra: “Dirigióse una mano á mí llevando un rollo, que era un libro, y la voz me dijo: “Come ese rollo.” Y yo abrí los labios y comí el libro, que en mi boca era tan dulce como la miel.” Comer el libro es, en imágen extraña y sensible, la fórmula de la perfectibilidad que arriba se llama ciencia, abajo se llama enseñanza.

Como acabamos de decir, la literatura segrega civilización. Si lo dudais, consultad la primera estadística que encontréis á mano.

Por ejemplo, la del presidio de Tolon, de 1862. Encerraba tres mil diez presidiarios, de los cuales cuarenta sabían algo más que leer y escribir; doscientos ochenta y siete sabían escasamente leer y escribir; leían y escribían mal novecientos cuatro, y no sabían ni leer ni escribir mil setecientos setenta y nueve. En la multitud de miserables, el número de penados va disminuyendo á medida que pasamos de los oficios puramente mecánicos á las profesiones libres, llegando á este resultado final: Plateros y joyeros, cuatro; eclesiásticos, tres; notarios, dos; cómicos, uno; artistas músicos, uno; literatos, ninguno.

Es trabajo árduo el de transformar el populacho en pueblo. Los llamados socialistas se han consagrado á esta obra durante los últimos cuarenta años. Uno de los más antiguos y de los que han contribuido con su humilde cooperación es el autor de este libro, que escribió *El*

último día de un reo de muerte en 1828 y *Claudio Gueux* en 1834. Si reclamo un puesto entre estos filósofos, es porque han sido objeto de persecuciones. Hace quince ó diez y seis años que las clases influyentes odian ciegamente al socialismo, sin tener en cuenta que el socialismo verdadero tiene por fin la elevación de las masas á la dignidad cívica y por tendencia principal la reforma moral é intelectual. La primera necesidad del pueblo es perder su ignorancia, y por eso el socialismo quiere instruirle. Esto no obstante, los socialistas, para muchos miedos iracundos, son enemigos públicos y son responsables de todas las desgracias que suceden.—Decía Tertuliano: “Romanos, somos hombres justos, benévolos, pensadores, cultos y honrados. Nos reunimos para orar, y os profesamos afecto porque sois hermanos nuestros. Solo deseamos que reine la concordia entre los hombres, y sin embargo, si el Tíber se desborda, lo mismo que si no se desborda el Nilo, exclamais: “¡Los cristianos á los leones!”

III.

La idea democrática, que es el nuevo puente de la civilización, está sufriendo en la actualidad la peligrosa prueba de la carga. Quizás cualquiera otra idea hubiera sucumbido bajo el peso que sobre ella se coloca. La democracia prueba su solidez soportando sin quebrantarse los absurdos que amontonan sobre ella.

En estos momentos se trata de que soporte también el despotismo.

Que el pueblo no necesita la libertad, era la consigna de una escuela inocente y equivocada, cuyo jefe ha muerto hace pocos años. Ese pobre soñador creía de buena fé que fuera de la libertad se puede realizar el progreso. Le oímos pronunciar, probablemente sin saber lo que se decía, este aforismo: “*La libertad solo es buena para los ricos.*” Esta máxima tiene el inconveniente de que no se opone á que se establezcan imperios.

Pero no puede existir progreso sin libertad; la servidumbre es el alma cegada; es un ciego que lo es por propia voluntad. Hay esclavos que quieren serlo. El que no es libre no es hombre; el que no es libre no vé, ni sabe, ni discierne, ni comprende, ni quiere, ni cree, ni ama; tendrá hembra y cachorros, mas no tendrá mujer ni hijos; se puede decir

que no existe. La libertad es la pupila, el órgano visual del progreso.

La libertad tiene sus inconvenientes y hasta sus peligros; pero pretender realizar la civilización sin ella equivaldría á pretender cultivar la tierra sin sol.

Es preciso confesar que van descaminadas algunas teorías sociales, muy diferentes del socialismo como nosotros lo comprendemos y lo deseamos. Descartemos de él todo lo que se parezca á convento, á cuartel, á sistema celular y á correcta formación. Querer volver á empezar la antigua servidumbre es una ineptitud. Los pueblos de Europa deben tener mucho cuidado en no suministrar materiales para fabricar un despotismo á la moderna, que este edificio podría durar, cimentándolo sobre una filosofía especial. Acabamos de indicar que algunos teóricos, que son sin embargo sinceros, por temor á la dispersión de las actividades y de las energías y á lo que llaman anarquía, han venido á converger en la fórmula de la concentración social absoluta. Forman de su resignación una doctrina. Hacen consistir el fin del hombre solo en comer y en beber. La solución que proponen es la de la felicidad brutal.

Nosotros deseamos que las naciones consigan una felicidad que no consista solo en la obediencia. Esos socialistas, que creen defender el socialismo, proceden, sin saberlo tal vez, de José de Maistre y de Ancillon, á pesar de que la ingenuidad de esos teóricos defensores del hecho consumado tiene, ó cree tener, intenciones democráticas, y hablan con energía de los principios del 89.

Adoctrinar las masas contra la libertad, llenar las inteligencias de apetito y de fatalismos, exponerse á levantar un edificio con los materiales que surgieran de esos elementos, sería entender el progreso como cierto sugeto, que al ver construir un patíbulo nuevo, exclamaba gozoso: “¡Gracias á Dios que el siglo progresa y que sustituimos el patíbulo de madera por otro de piedra, que podrá servir para nuestros hijos y para nuestros nietos!”

IV.

Tener el estómago lleno y el vientre harto y satisfecho es contentarse con la felicidad material. La ambición humana debe ser más noble. No todo consiste en saciarse. El fin humano no es un fin animal. Se hace indispensable el realza-

miento moral. La vida de los pueblos, como la de los individuos, tiene sus instantes de degradación. Pero esos minutos pasan, y se debe olvidar hasta su recuerdo. El hombre tiende á caer en los momentos actuales en los goces materiales, y es necesario que vuelvan á imperar en él el corazón y el cerebro. El cerebro es lo que debemos restaurar. La cuestión social debe decidirse en pró de la dignidad humana.

El deber actual, inmediato y urgente de los escritores es hacer ver al hombre el fin humano, mejorar primero su naturaleza inteligente y después su naturaleza animal. Esto es lo que han hecho en todos los tiempos los génios.

¿Preguntais para qué sirven los poetas? Pues sirven para iluminar la civilización.

V.

Hasta hoy solo ha habido literatura para los literatos, y sobre todo en Francia ha tendido á convertirse en patrimonio de casta. Ser poeta era casi lo mismo que ser mandarín. Todas las palabras no tenían derecho á figurar en el lenguaje. El diccionario autorizaba ó no autorizaba su registro. El diccionario tenía voluntad propia. Figuraos, pues, á la botánica declarando que no existe un vegetal, ó á la naturaleza ofreciendo un insecto á la entomología y que ésta lo rehúsa por incorrecto. Imaginaos á la astronomía reprendiendo á los astros, etcétera etc. Un académico que ya ha fallecido dijo en plena Academia que en Francia solo se había hablado francés en el siglo diez y siete, y eso en un período de doce años, que no determinó.

Ya es hora de que salgamos de este orden de ideas; la democracia así lo exige. Los horizontes actuales lo necesitan. Salgamos del colegio, del cónclave, del compartimiento, del gusto afeminado y del arte en pequeño. La poesía no debe tener camarillas. Ya que se hacen esfuerzos para galvanizar lo que murió para siempre, luchemos contra esa tendencia. Es importante insistir en ciertas verdades.

Pertenecen al pasado, aunque estén admitidas por la enseñanza oficial y pública, las obras magistrales que recomienda el Manual del Bachiller, las tragedias que ocultan los defectos ó los crímenes de los reyes, la inspiración en traje de ceremonia, la poesía anticuada y la imaginación aprisionada entre cua-

tro paredes y limitado por Quintiliano, Longin, Boileau y La Harpe. La época que se llamó el gran siglo, y que lo fué, no es en el fondo más que un monólogo literario. No se concibe nada tan extraño como una literatura diferente de su época. Ciertas artes parece que tengan escrito en el frontispicio: *Se prohíbe la entrada*. Nuestra opinion es que la poesía debe tener abiertas todas las puertas. Ha llegado la hora de decir en alta voz: *Todo para todos*. La civilización, que es ya mayor de edad, reclama una literatura popular.

El año 1830 inició un debate que, aunque aparece literario en la superficie, es humano y social en el fondo. El debate debe cerrarse con una literatura cuyo objeto sea el pueblo.

El autor de las presentes líneas escribió, hace ya treinta años, esta frase, que luego se ha repetido mucho: *El poeta tiene á su cargo la cura de almas*. Y añadiría aquí, si esto valiera la pena de decirse, que aunque esa frase sea errónea, salió de lo más íntimo de su conciencia y le ha servido de regla toda la vida.

VI.

Maquiavelo miraba al pueblo de un modo extraño. Parece que intentaba con su política colmar la medida, hacer desbordar la copa, exagerar el horror sobre los hechos del príncipe, aumentar la opresión para que se rebelase el oprimido, convertir la idolatría en execración y llevar las masas hasta el último extremo. Exagerar el despotismo para que estalle en sus manos el tirano es un terrible proyectil que se dispara. Maquiavelo conspira, ¿pero en favor de quién y contra quién? Adivinadlo. La apoteosis que hace de los reyes sirve para formar regicidas. Coloca en la cabeza de su príncipe una diadema de crímenes, una tiara de vicios, una aureola de liviandades, y os invita á que adoreis ese mónstruo, como si estuviese esperando un vengador. Glorifica el mal, pero empujándolo hácia la oscuridad, y en la oscuridad vive Harmodio. Maquiavelo, revelador de los atentados reales, servidor de los Médicis y de los Borgias, fué condenado en su juventud á sufrir el tormento por haber admirado á Bruto y á Casio. Quizá fué cómplice de los Soderini en el rescate de Florencia. Recordó este hecho? Sus consejos son como los truenos; les acompaña en las nubes prolongado fragor. ¿Los pronuncia en favor ó en contra de las

personas á quienes los dá? Estando un día en Florencia, en el jardín de Cosme Rucelai, en presencia del duque de Mántua y de Juan de Médicis, le oyó decir su enemigo Varchi, dirigiéndose á ambos príncipes: *No permitais que el pueblo lea ningun libro, ni siquiera el mio*. Es curioso poner al lado de este consejo el que dió Voltaire al duque de Choisse, y que es una advertencia al ministro y una intimación al rey: "Dejad que los badulaques lean nuestras paparruchas. No hay en ello, monseñor, el más leve peligro. ¿Qué puede temer un gran rey como el rey de Francia? El pueblo no es más que chusma y los libros son simplezas." Maquiavelo dice que no debe permitirse que se lea nada, y Voltaire que debe permitirse que se lea todo: ambos consejos tienen más puntos de contacto de lo que parece á primera vista. Ambos eran dos temibles revolucionarios indirectos, diferentes en todo, pero idénticos en el fondo, por el profundo odio que profesaban á su señor y que disfrazaban con adulaciones. Nosotros, á nuestra vez, diremos al pueblo que lea á Maquiavelo y á Voltaire: Maquiavelo le inspirará horror y Voltaire desprecio al crimen coronado. Pero los corazones deben dirigirse con preferencia hácia los poetas grandes y límpidos, ya sean tiernos como Virgilio, ya sean ásperos como Juvenal.

VII.

El progreso del hombre debe realizarse por medio del desarrollo de las inteligencias. Instruid y enseñad. Todas las revoluciones del porvenir están incluidas en estas palabras: Enseñanza gratuita y obligatoria.

La enseñanza intelectual debe terminarse con la explicación de las obras de primer orden. Los génius han de estar en su cúspide.

En donde haya aglomeración de hombres debe colocarse, en sitio especial, un explicador público de los grandes pensadores.

Quien dice gran pensador, dice gran bienhechor.

Nadie puede calcular la cantidad de ilustración que se desprenderá de la comunicación del pueblo con los génius. Esta combinación del corazón del pueblo con el corazón del poeta será la pila de Volta de la civilización.

¿Comprenderá el pueblo esta magnífica enseñanza? Creemos que sí; el pueblo tiene comprensión muy clara. Con-

currid un día de fiesta á un espectáculo gratis, y os convencereis de que el auditorio es espontáneo y es inteligente. En el teatro se amontona, se prensa y se amalgama, formando una masa que el poeta se encarga de modelar. Las multitudes se penetran fácilmente de lo ideal; aproximadas, como ellas desean, al gran arte, y vereis cómo se conmueven; vereis cómo ni un detalle les pasa desapercibido. La multitud es una extensión líquida y viva que está en constante ondulación. Las masas son sensitivas. El contacto con lo bello eriza extáticamente la superficie de las multitudes, lo que es signo evidente de emoción.

El hombre del pueblo, aunque no esté confundido con la multitud, es excelente espectador de las grandes obras, por su inocente sencillez y por su sana curiosidad. La ignorancia es un apetito. Su contacto con la naturaleza la predispone á sentir la emoción de lo verdadero. Debemos facilitar al pueblo todas las enseñanzas. Quisiéramos que se estableciera en las aldeas una cátedra donde se explicase Homero á los campesinos.

VIII.

El defecto de la presente época consiste en que predomina la materia. Precisa infiltrar el ideal en el alma humana. Dónde acudiremos por él? Donde lo haya. Los poetas, los filósofos y los pensadores lo retienen. El ideal se encuentra en Esquilo, en Isaías, en Juvenal, en el Dante y en Shakespeare. Derramad esos génius en el alma profunda del género humano.

Derramad en ella á Job, á Salomon, á Píndaro, á Ezequiel, á Sófocles, á Eurípides, á Herodoto, á Teócrito, á Plauto, á Lucrecio, á Virgilio, á Terencio, á Horacio, á Cátulo, á Tácito, á San Pablo, á San Agustín, á Tertuliano, á Petrarca, á Pascal, á Milton, á Descartes, á Corneille, á Lafontaine, á Montesquieu, á Diderot, á Rousseau, á Beaumarchais, á Sedaine, á Kant, á Byron, á Schiller.

Verted en ella todos los ingenios, desde Esopo hasta Molière; todas las inteligencias, desde Platon hasta Newton, y todas las enciclopedias, desde Aristóteles hasta Voltaire.

De este modo, curando la enfermedad pasajera del género humano, le devolveis para siempre la salud.

Volvemos á repetir que de la destrucción, que redimió al mundo, saldrá la construcción, que lo consolidará.

Es hermosa tarea la de ilustrar al pueblo.

Esta ilustración debe consistir en combinar los principios con la ciencia; en introducir por grados en el hecho la cantidad posible de absoluto; en considerar á la utopía en sus diversos modos de realizarse; en que la unión sustituya al antagonismo y la unidad á la unión; en tener por religión á Dios, por sacerdote al padre, por oración la virtud, por campo la tierra, por lengua el verbo, por ley el derecho, por móvil el deber, por higiene el trabajo, por economía la paz, por proyecto la vida, por fin el progreso, por autoridad la libertad y por pueblo al hombre. Y encima de todo esto poned el ideal. El ideal: es decir, el tipo inmóvil del progreso en marcha.

¿De quién son los génius ¡oh pueblo! si no son tuyos? Te pertenecen: son tus hijos y al mismo tiempo tus padres; porque si tú los engendras, ellos te enseñan. Se alimentan de tu savia y se han agitado en la matriz universal, en la humanidad. Cada una de las fases del pueblo tiene su encarnación; pero hay que buscar el punto profundo donde germinan, porque de tus entrañas salen los génius, misteriosa muchedumbre.

Por eso vuelven á tí, y su autor, que es Dios, te los dedica.

LIBRO SEXTO

Lo bello al servicio de lo verdadero.

I.

Sed siempre útiles, "génius", y no nos desdeñeis cuando necesitemos vuestro concurso. Amar *el arte por el arte* puede ser bello, pero amar al arte por el progreso es más bello todavía. ¿Os hace falta soñar? Pues soñad al hombre más perfecto, esto es, al hombre ideal. El profeta busca la soledad, pero no el aislamiento; desenreda el interior de su alma los hilos enredados de la madeja de la humanidad, pero no los rompe. Vá al desierto á pensar y piensa en las muchedumbres: desde allí no habla dirigiéndose á los bosques, sino á las ciudades; allí no vé cómo la yerba se plega al viento, sino cómo se doblagan los hombres; allí ruge, no contra los leones, sino contra los tiranos. Allí medita y llora.

Llora por el eterno cautiverio de Ba-